

admiración no se convierten en pleitesía. No tienen problemas para marcar distancias cuando lo consideran necesario, sea respecto al propio Ortega o a alguna de sus interpretaciones, y, sin embargo, esa distancia la apoyan siempre en el co-

nocimiento, la investigación rigurosa y la exigencia de cumplir el mandato de situarse a la altura de los tiempos: son obligaciones de seguir pensando. El libro de Miguel Ángel Hernández Saavedra es una buena muestra de ello.

LA ENVERGADURA METAFÍSICA DE UNAMUNO Y ORTEGA

ÁLVAREZ GÓMEZ, Mariano: *Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003. 390 p.

JAIME DE SALAS
ORCID: 0000-0002-7116-4091

Mariano Álvarez Gómez, catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca, conocido como especialista de Nicolás de Cusa, Hegel y Heidegger, ha reunido en un volumen varios trabajos sobre Ortega y Unamuno. El conjunto de estos trabajos es de gran interés en la medida en que se aproxima a las dos grandes figuras del pensamiento español antes de la Guerra Civil, desde la gran tradición de la filosofía occidental de autores como Kant, Hegel y Gadamer. El dominio de esta tradición le permite además de estudiar las relaciones con Spinoza, mostrar con acierto la posición de Unamuno con respecto a Europa ("España está por descubrir y sólo la descubrirán los españoles europeizados"), precisar su concepto de tradición ("la historia del pasado nos lleva a la revelación del presente") y, en definitiva, poner de relieve una envergadura ontológica en las páginas del autor de *El sentimiento trágico*

de la vida, que podría pasar desapercibida.

Con todo, es Ortega quien recibe más atención del autor. De los trabajos ponderaría sobre todo el titulado "La verdad como interpretación en Ortega". Los análisis de Unamuno y, en cierto sentido, también el trabajo más largo de los de Ortega sobre "El concepto de cosa", trascienden la intención consciente del autor de *Meditaciones del Quijote*, buscando dimensiones de su pensamiento en los que el mismo no llegó a reparar. (Debo resaltar el magnífico análisis de "Adán en el Paraíso", obra generalmente dejada de lado ante las *Meditaciones del Quijote*, pero que el estudio de Álvarez Gómez presenta emparentada con ella en varios puntos). En cambio, "La verdad como interpretación en Ortega" plantea de una forma muy precisa y clara lo que Ortega con su pensamiento entendió que lograba. Ahí se encuentra el problema de la valoración de nuestro autor. La distinción entre ideas y creencias, por ejemplo, con ser una feliz distinción que se inscribe dentro de una cuestión fundamental de la filosofía contemporánea, es problemática y difícil de aplicar en todos sus extremos. Se desprende claramente esto de la presentación de Álvarez Gómez

Cómo citar este artículo:

De Salas, J. (2005). La envergadura metafísica de Unamuno y Ortega. Reseña de "Unamuno y Ortega. La búsqueda azarosa de la verdad" de Mariano Álvarez Gómez. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (10/11), 337-339.

<https://doi.org/10.63487/reo.672>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Ortegaianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre

(pp. 179 y 186). En este terreno de la epistemología o metafísica, el filósofo madrileño no ofrece los logros que se encuentran en Husserl, Heidegger o Gadamer aunque tenga buenas razones para defender sus posiciones. Esta –comparativa– limitación del pensamiento orteguiano aparece también en “La pregunta por la cosa” (p. 330), pero no pesa en la trama del argumento de Álvarez Gómez como las limitaciones observadas en el primero de los trabajos que pone en cuestión la valoración que Ortega hace de sí mismo. Por mi parte, estaría de acuerdo en que es difícil mantener la ultimidad de las creencias y al mismo tiempo buscar una evidencia intelectual como criterio para dirimir el problema de la verdad. La forma de razonar de Ortega no me resulta del todo convincente en ese punto.

Para mí, estas dificultades en el proyecto orteguiano son reales y la comparación con los planteamientos de Heidegger no se puede dirimir a favor del español, aun cuando muchas de las objeciones que a su vez Ortega hace a *Ser y Tiempo*, a su vez, resultan perfectamente defendibles. En una comparación –que *Unamuno y Ortega* no intenta– no cuentan las limitaciones de la obra de Heidegger, sino la forma en que su ejercicio del método hermenéutico y descripción de la existencia se implican mutuamente superando cualquier prestación que hasta el momento había producido la fenomenología.

Pienso que aquello por lo que Ortega tiene una posición propia, de primera fila, en la historia de la cultura del siglo XX es en otro campo distinto sin desconocer su interés como español que se incorporó al gran debate filosófico del momento. Des-

tacó como el gran comunicador y el lector de primera hora de Husserl o de Heidegger. Pero su gran aportación estuvo en el desarrollo de un pensamiento que analiza y valora la propia época. En todos los autores de primera fila la conciencia del momento es relevante, pero en el caso de Ortega, esa atención llega a inspirar las cuatro obras anteriores a 1932 (*Meditaciones del Quijote*, *España invertebrada*, *El tema de nuestro tiempo* y *La rebelión de las masas*). Se trata de un itinerario único, emprendido desde la periferia de Europa y que Ortega recorre utilizando categorías y prácticas propias: la perspectiva ha sido bien tratada por Rodríguez Huéscar con su *Perspectiva y verdad*, mientras que la noción de generación encuentra desarrollos importantes en Marías. La distinción entre masas y minorías probablemente requiere mayor atención. Queda aún más por aclarar en lo que respecta al trasfondo ético y la relación con Scheler, Nietzsche y Simmel. Particularmente ponderaría este esfuerzo por llegar a precisar los conceptos, detrás de una práctica de atenerse a las propias circunstancias.

La consolidación de su pensamiento en un proyecto de metafísica a partir de 1927 tiene su interés aun cuando no llegue a prestaciones como las de Husserl, Heidegger o Gadamer: responde a la aspiración del propio Ortega; en líneas generales se conforma con lo escrito previamente como mantiene Álvarez Gómez (p. 211); no ha sido suficientemente reconocido por la crítica; incluso desde mi punto de vista, Ortega logra dar la interpretación metafísica que responde a lo que es la realidad, pero es un esfuerzo que resulta incompleto en temas donde, por otra parte, nadie ha dicho la

última palabra. Añadiría sólo que, posiblemente, el itinerario del primer Ortega sea de una importancia más indiscutible en el contexto cultural en el que nos llamamos.

En definitiva, Álvarez Gómez acierta a reconocer en los dos autores una envergadura metafísica. La sensibilidad de un gran conocedor de la historia de la filo-

sofía determina que se nos presentan conexiones históricas como la que se puede establecer entre Ortega y Hegel, que han sido poco atendidas. Textos sometidos a un fino análisis llegan a refulgir mostrando alcance y profundidad inesperados. En suma, este trabajo confirma la realidad de la presencia de Ortega en los departamentos de filosofía.

EL SISTEMA DE LA FILOSOFÍA ORTEGUIANA

PADILLA MORENO, Juan: *Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, Colección El Arquero, 2004. 373 p.

JOSÉ L. ROZALÉN MEDINA

La editorial Biblioteca Nueva nos presenta en una muy cuidada edición un libro de estilo terso y atractivo, de amplio y sugerente contenido, en torno a la figura y obra de Antonio Rodríguez Huéscar (1912-1990), uno de los discípulos más directos y queridos de Ortega, libro escrito con minucioso conocimiento e íntima simpatía hacia Rodríguez Huéscar por el doctor en Filosofía Juan Padilla Moreno, investigador en el Centro de Estudios Orteguianos, perteneciente a la Fundación Ortega y Gasset.

Con toda seguridad, nos dice Padilla Moreno en su libro, fue el profesor D. Antonio Rodríguez Huéscar, nacido en Montiel (Ciudad Real), “manchego de nacimiento y de vocación”, uno de los discípulos más directos y queridos de Ortega y Gasset: “Tendría que destejer

mi vida”, llega a decir Huéscar, “para poder sacar entera la hebra orteguiana que la urde”. Así nos lo vuelve a testificar cuando recuerda cómo conoció a Ortega en aquella prestigiosa Facultad de Filosofía de Madrid y cómo fue distinguido, desde aquellos primeros momentos, y ya para siempre, con la amistad personal e intelectual del maestro madrileño. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que el prof. Rodríguez Huéscar hizo consistir su vida entera en “una apropiación creadora de la filosofía de su maestro”; pero esto no quiere decir que repitiera de una forma académica e inerte la filosofía de Ortega, sino que trató de llevar a cabo un auténtico ejercicio de sistematización conceptual de Ortega, intentando profundizar y resolver algunos problemas que su admirado maestro dejó sin rematar.

Si tuviéramos que resumir la importancia de Rodríguez Huéscar, escribe Juan Padilla Moreno, habría que decir que sus aportaciones son hoy imprescindibles para entender muchos aspectos de la filosofía orteguiana; por ejemplo, en su

Cómo citar este artículo:

Rozalén Medina, J. L. (2005). El sistema de la filosofía orteguiana. Reseña de “Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía” de Juan Padilla Moreno. *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 339-342. <https://doi.org/10.63487/reo.673>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre